

# **UNA SINOPSIS DE LA PREHISTORIA DEL CONO SUR: EL CONCEPTO DE MARGINALIDAD DESDE EL FORMATIVO AL MOMENTO DE CONTACTO EUROPEO**

por:

**MARIO A. RIVERA DÍAZ<sup>1</sup>**

*Director Sede de Iquique*

*Universidad Bolivariana*

*Calle Baquedano N° 1470*

*Fono: (56-57) 414121, Iquique - Chile*

---

<sup>1</sup> Universidad Bolivariana, Iquique, Beloit College y  
Field Museum of Natural History  
mrivera@execpc.com

**RESUMEN**

*Se presenta una síntesis interpretativa de la prehistoria del Cono Sur de América en donde se enfatiza el desarrollo cultural de áreas como el Centro Sur Andino, Chaco, Pampas, Araucanía y Patagonia en un marco cronológico entre 1500 a.C. y 1450 d.C., en áreas culturales que han compartido el fenómeno de la marginalidad con respecto al desarrollo logrado en lo que tradicionalmente se ha definido como núcleos civilizadores especialmente en los Andes Centrales. Se discute sobre una nueva visión del concepto de marginalidad teniendo presente una perspectiva macrorregional de relaciones interregionales con condiciones ambientales cambiantes en donde el cono sur, considerado como área con desarrollos propios, constituye un campo fértil para investigar cómo se han realizado los procesos de cambio social y ajuste ambiental a través del tiempo, sin mayor imposición o adosamiento de un sistema foráneo.*

**ABSTRACT**

*A synthesis of the prehistory of the Southern Cone is presented here. The emphasis is on the cultural development of areas such as the South Central Andes, Chaco, Pampas, Araucania, and Patagonia within a chronological framework ranging from 1500 B.C. to A.D. 1450. Such areas have shared the marginal phenomenon with respect to the development obtained in the Central Andes, traditionally considered as civilizing core area. A different interpretation regarding the marginal concept is also offered within a macro-regional perspective. The changing environmental situations ought to be considered when studying inter-regional relations within the Southern Cone. These areas own cultural development constitute a promising field for future research leading to the understanding of how the process of cultural change took place, as well as the environmental adjustment through time, without major imposition from a foreign system.*

**Palabras claves:** Relaciones Interregionales, Desarrollo Cultural y Marginalidad.

**INTRODUCCION**

El Cono Sur representa el extenso espacio ubicado al sur del gran centro civilizador andino, una amplia área que de por sí se define como marginal. Dentro de esta macrorregión, las áreas del norte de Chile, noroeste de Argentina y parte del sur de Bolivia conforman el Centro Sur Andino donde destaca un proceso de complejidad social relativamente temprano (1500 a.C. a 1450 d.C.) e integrado al desarrollo andino propiamente tal. Los grupos que se ubicaron en espacios más alejados a estos centros experimentaron un proceso diferente que no alcanzó las características del área centro sur andina. En efecto, éstas son áreas que comparten características de haber sido consideradas como marginales al gran núcleo civilizador andino que se desarrolló en los Andes centrales.

Por la importancia que adquiere el área centro sur de los Andes con el desarrollo de una sociedad más compleja, nos parece relevante situarla en contexto con las áreas que componen el extremo sur del continente.

Así, en este trabajo se pretende entregar una visión de la prehistoria de los pueblos que habitaron estos territorios desde el momento en que sus sociedades comienzan a organizarse de una forma más compleja, gracias al desarrollo de un bagaje tecnológico que hace posible la domesticación del medio. En términos absolutos abarca un marco temporal que va desde el 1000 a.C. al siglo XV d.C. Pero, tanto la diversidad del medio como las condiciones extremas del mismo imponen condiciones que no pueden ser tratadas en forma homóloga en toda el área

sur. Los procesos que llevan a la agricultura y domesticación de animales no fueron los mismos en la región septentrional del cono sur, e incluso en algunas regiones meridionales ni siquiera se dieron. La cerámica y la metalurgia del cobre tienen una connotación diferente en las regiones a tal punto que en la Patagonia ni siquiera fueron conocidas. Aún más, la propia metalurgia del cobre en la región del norte árido de Chile donde alcanza una antigüedad comparable a procesos similares del Viejo Mundo (más de 1000 a.C.), aunque temprana, no nace como una necesidad en directa relación a los procesos de producción, sino más bien como elementos suntuarios que fortalecen lo ceremonial y ritual de la sociedad. ¿A qué se debe esta respuesta tan diferente? Tecnológicamente y aunque se conocen sus propiedades, el medio ambiente andino no hace necesaria su incorporación al proceso productivo. Un desarrollo similar se advierte con la cerámica en el extremo sur patagónico donde no llega a ser conocida del todo en muchas sociedades que subsisten aún en tiempos históricos.

El norte de Chile y noroeste de Argentina contienen un amplio espectro de desarrollos culturales que han logrado estructurar un panorama complejo a través de una larga experiencia en el tiempo, producto de tempranos cazadores y recolectores, tanto altoandinos como costeros que a su vez reflejan influencias de costumbres y valores foráneos que sucesivamente han afectado el área. Estas influencias, manifestadas por contactos, migraciones de grupos, y en forma más general, aportes culturales, provienen de la

selva tropical, en época más temprana, y luego, más tardíamente, de la región altoandina, configurando el carácter netamente andino del desarrollo cultural del área.

La diferenciación entre lo andino y no andino puede reflejarse en el marco de las tierras altas de los Andes del sur en el contacto entre etnias aymara y quechua frente a los uros y chipayas actuales. Éstos representan dos mundos diferentes que logran convivir, pero que reconocen diferentes orígenes en épocas también distintas. De igual forma, la etnia atacameña parece representar un segmento de esta diferenciación.

En el área intermedia entre las tierras altoandinas y las tierras bajas tropicales encontramos la región del Chaco que se caracteriza por la presencia de grupos semisedentarios. La insuficiente información de la prehistoria de estos grupos ha contribuido a definirlos como sociedades menos complejas.

Hacia el sur se encuentran grupos que habitaron las regiones de la Araucanía, Pampa y Patagonia. Estas últimas han sido consideradas como sociedades más simples y de una marginalidad que llega al aislamiento. Luis A. Orquera sostiene que los grupos prehistóricos de Fuego-Patagonia han alcanzado un equilibrio con su medio ambiente “with slow drift toward greater emphasis on resources that provided equivalent return for less effort” (Orquera 1987:405), lo que puede estimarse como una adaptación exitosa. El hecho que estos pueblos hayan logrado una adaptación plena está fundamentado por la evidencia que “the high productivity of the Fuegian and southwestern Magellanic environment

permitted a population density some 30 times higher than recorded on the Pampa and continental Patagonia prior to Araucanian penetration” (Orquera 1987:405), de la misma forma que su rápida adaptación costera, la que se logró hacia el 5.000 a.C. De allí que, al tratar las áreas que componen el cono sur, la noción de marginalidad que caracterizaron estas culturas debe ser revisada.

Los recientes cazadores establecidos en Patagonia meridional continental, y descritos por los viajeros europeos del siglo XVI, reflejan mecanismos migratorios tardíos. Los movimientos de mapuches (araucanos) en territorio sureño de Pampas, y la Patagonia septentrional en el siglo XVIII y posterior, representan segmentos de un área mayor que ha estado afectada por continuos movimientos y desplazamientos de grupos en el pasado. En este aspecto, el área del Chaco representaría una zona por donde transitaban estos pueblos, especialmente debido a su proximidad con la cuenca amazónica, el principal centro de dispersión de grupos humanos y rasgos culturales en el pasado.

Tanto el desarrollo tecnológico como las innovaciones y descubrimientos representan factores importantes para el estudio de estas áreas y proporciona datos para la relación más estrecha entre ellas. La gente que debió enfrentar el medio ambiente hostil y duro que caracteriza gran parte del cono sur, desarrolló tecnologías específicas que fueron compartidas, transmitidas o prestadas por grupos vecinos.

El cono sur aparece como una unidad donde existen rasgos comunes que se observan desde el Chaco a la

Patagonia, desde épocas prehispánicas a los tiempos recientes, con una aparente discontinuidad con la región nuclear centro-andina.

## **VISIÓN DE LA PREHISTORIA REGIONAL DEL CONO SUR**

Las condiciones ambientales del cono sur incluyen los bosques húmedos tropicales del área del Chaco, las áridas tierras del norte de Chile, la puna y valles del noroeste argentino, la estepa helada de la Patagonia, las áreas transicionales de los valles transversales del norte semiárido de Chile, los bosques fríos de la Araucanía, y los ambientes ribereños, lacustres y planos de la amplia llanura conocida como pampas.

## **NORTE DE CHILE**

Contrariamente a lo que sucede en el extremo sur, disponemos para la región septentrional del cono sur de una secuencia cronológica bastante afinada que cubre los últimos 10.000 años de desarrollo.

Se pueden caracterizar tres grandes tradiciones culturales en la prehistoria del norte chileno. Éstas son:

- a) Cazadores y recolectores.
- b) Chinchorro o de probable origen tropical de tierras bajas.
- c) Andina o altiplatónica de tierras altas.

Cada una de estas tradiciones presenta rasgos propios que tienden a complejizar el panorama, especialmente cuando comienzan a darse desarrollos más regionalizados. Para nuestros propósitos, dentro de esta periodificación

comenzaremos destacando las últimas fases de la tradición Chinchorro y la manifestación de cambios notables como la introducción de la agricultura, la metalurgia y la cerámica. Este momento ha sido aislado como Período de Transición II, el cual se extiende aproximadamente entre 1500 y 500 a.C.

Los datos arqueológicos para esta región señalan la introducción de la cerámica hacia fines de la etapa arcaica como culminación de un proceso que incluye la domesticación de animales como la llama, la alpaca y el cuy, y de plantas como la quínoa, calabazas, algodón y posiblemente el maíz, en ocupaciones que se superponen a los antiguos cazadores.

Después del 1000 a.C. comienza a desarrollarse la tradición altiplánica o andina con un conjunto de rasgos que contrasta notoriamente con aquellos de las últimas fases Chinchorro de naturaleza selvática, que le precede. Esta respondería al arribo de una temprana influencia altiplánica a la costa (pre-Pukara y pre-Tiwanaku) iniciando el desarrollo formativo.

La etapa formativa culmina con el proceso de sedentarización a través del establecimiento de una serie de aldeas. Sitios como Alto Ramírez y Caserones, Guatacondo, Ramaditas, Chiu-Chiu 200, Turi, Tulo y Calar, constituyen importantes demostraciones del exitoso proceso de las sociedades autóctonas que logran producir economías de excedentes.

Dentro de la tradición andina, el Período Intermedio Temprano (600 a.C. a 500 d.C.) incluye gran parte del desarrollo Alto Ramírez que introduce un nuevo sistema sociopolítico y económico basado en la reciprocidad

y la complementariedad. Una sobreproducción con una distribución racional y la incorporación de nuevas técnicas agrícolas y de manejo de ganado permitieron un incremento de la población. De esta manera, se dieron las bases para una estabilización demográfica, conformándose las primeras aldeas con la incorporación de campos de cultivo con riego sobresaliendo productos como la quínoa, maíz, ají, porotos, calabazas y pallar. Estos productos, más recursos como el guano y la sal, representan complementos importantes a aquellos producidos en tierras altas como, por ejemplo, los derivados de los recursos de camélidos, quínoa y papas deshidratadas al frío o chuño. Esta nueva tecnología incluye también estólicas de plataforma rectangular con profusión de largos dardos que mejoran las actividades de caza; desarrollo de la metalurgia, especialmente en adornos de oro y plata que refuerzan el sentido simbólico y ritual. El bagaje de la cultura material incluye cucharas de doble mango, implementos del complejo alucinógeno, como tabletas, espátulas, tubos, cajitas; el desarrollo de una cestería sofisticada y bien manufacturada, cerámica, textiles de lana de camélido y técnicas que incluyen la tapicería y el kelim, en una compleja composición de colores y diseños. Además, se advierte la práctica ritual del sacrificio humano, culto del sacrificador, presencia de cabezas trofeo y hachas en los ajuares funerarios. El patrón funerario se caracteriza por formas tumulares.

Es probable que todo el intercambio y complementación formaba parte de un proceso ideológico común, cuyo núcleo más importante se ubicaba en

los centros urbanos alrededor del lago Titicaca. Esto dará origen a una organización social, política y económica que culmina con la extensión del estado Tiwanaku durante el Período Medio (500-900 d.C.). Es justamente en este período que se produce una integración política bajo la hegemonía de Tiwanaku, fenómeno que, con ciertas variantes, también abarcó el resto del norte de Chile, noroeste de Argentina y sur de Perú. Los comienzos de la influencia de Tiwanaku en Azapa se detectan en la fase Cabuza (300-700 d.C.), aunque desconocemos el verdadero mecanismo de vinculación con las etnias de los valles costeros. Como desarrollos más regionalizados de Tiwanaku pueden considerarse las fases Maytas (700-1000 d.C.), y más desconectada aún, la fase Chiribaya.

Durante el Período Intermedio Tardío (900-1350 d.C.) se ubica el Desarrollo Regional, antecediendo las influencias incaicas en la zona. Se caracteriza por grupos étnicos que mantienen contacto con el altiplano, especialmente de tipo económico, dentro de un sistema de complementación de recursos. Con el fin del estado Tiwanaku, se produce una redistribución de pueblos en el área central-sur-andina. Grupos identificados con cerámica de decoración negra sobre rojo ocuparon la parte alta de los valles occidentales, la precordillera y el altiplano. Mientras en los valles bajos y en la costa predominaban los grupos con cerámica policroma. El continuo movimiento de pueblos desde el altiplano a las tierras bajas explica el porqué muchos grupos locales debieron defender sus tierras, construyendo fortificaciones denominadas *pukaras*. Los desarrollos

más conocidos son San Miguel, Gentilar y Pocomá, los que muestran influencias del período precedente de Tiwanaku, así como el desarrollo de un estilo local. San Miguel (1000 d.C.) se caracteriza por una cerámica de grandes vasijas globulares de cuellos angostos y asas verticales, con una decoración de motivos geométricos en negro o rojo sobre blanco. Gentilar (1350 d.C.), representa una cerámica de terminaciones más prolijas, jarros de cuellos evertidos con diseños en negro y blanco sobre rojo. Pocomá constituye un estilo de transición, con diseños distribuidos en paneles de colores rojo suave separados por líneas verticales. El estilo Chilpe, contemporáneo con Gentilar, representa la expansión Colla y da comienzo al proceso de ayuarización en los valles occidentales. Finalmente, sobre estos desarrollos culturales se imponen las influencias incaicas a partir del 1450 d.C. La zona de Azapa fue incorporada directamente bajo la hegemonía del Cuzco. Diversos sitios como tambos, pukaras, secciones del camino inca, cementerios y explotaciones mineras demuestran la presencia de una organización socioeconómica y política controlada por el Estado.

En la región de los oasis del desierto de Atacama, la mejor secuencia ha sido obtenida en San Pedro de Atacama. Los grupos agroalfareros irrumpen hacia el 800 a.C., para desarrollarse plenamente hasta la llegada europea. Este segmento de la prehistoria atacameña ha sido dividido en el Período Intermedio Temprano (500 a.C. a 400 d.C.), Período Medio (400 a 1000 d.C.), Período Intermedio Tardío (1000 a 1470 d.C.) y Período Tardío (1470 a 1535 d.C.).

En el Período Intermedio Temprano intervienen al menos tres corrientes de poblamiento en la definición de la primera fase de la cultura atacameña, llamada también San Pedro I. Una, del altiplano central-sur andino, inmediatamente al sur del Lago Titicaca, que aporta una cerámica roja pulida y gris, además de nociones avanzadas de agricultura y manejo de camélidos, y el germen del proceso urbanístico a través de la evidencia de las primeras aldeas de los oasis del desierto (Tulor, Calar, Chiu-Chiu-200 y Guatacondo). Una segunda, proveniente de los bosques tropicales trasandinos, y representada por una cerámica modelada, con diseños incisos e impresos, urnas cerámicas, pipas de greda, uso de adornos labiales como el labret o tembetá, y elementos del complejo de alucinógenos. Al parecer, estos movimientos de la selva tropical constituyen el rezago de tempranas oleadas que dieron origen a la tradición Chinchorro. Una tercera corriente está representada por los sucesores de los antiguos cazadores y recolectores.

El Período Medio, o fase San Pedro II, se caracteriza por el desarrollo de una agricultura intensiva basada en irrigación artificial, lo que permitió mantener una población en aumento, aunque limitada por los recursos de los oasis. Simultáneamente, durante este período el tráfico de caravanas hacia la costa, el altiplano, el noroeste argentino y la región del Lago Titicaca, hacia los oasis, especialmente San Pedro de Atacama, su centro de intercambio. La cerámica típica de este período es la negra bruñida. A partir del 600 d.C. las influencias de Tiwanaku en San Pedro se manifiestan en una serie de

objetos suntuarios como textiles, vasos keros de madera tallada, vasos de oro, huesos grabados y elementos del complejo alucinógeno como tabletas, tubos, cajitas y espátulas. La iconografía de estos objetos enfatiza diseños basados en el personaje sacrificador, figuras aladas, felinos y cóndores. Hacia fines de este período, cesa la influencia Tiwanaku y se produce una crisis que culmina con una regionalización cultural que conlleva a una tecnología mediocre.

El Período Tardío se caracteriza por el surgimiento de señoríos y reinos independientes, al igual que en la región altiplánica, produciéndose fricciones que obligan a los pueblos atacameños a construir una línea de fortificaciones (pukaras) en la zona de contacto altiplano-desierto y a lo largo del río Loa. La cerámica de este período presenta un grueso engobe rojo, generalmente sin pulimento y de inferior calidad a la negra pulida. Durante este período, los atacameños retomaron el control de parte de los circuitos caravaneros de través del desierto. Los sitios incaicos más importantes en la zona son Catarpe y Peine, situados en la ruta del camino que vinculó Cuzco con la zona central de Chile.

El norte semiárido es la región caracterizada por los valles transversales que se ubica inmediatamente al sur del desierto. Corresponde a una zona transicional entre el desierto árido y la fértil región central de Chile de más al sur. En esta franja, constreñida por la cadena montañosa andina al este y la línea costera del Pacífico al oeste, las antiguas sociedades de cazadores dan paso a los desarrollos formativos aproximadamente en los primeros años

de la era cristiana. Las primeras manifestaciones conforman el complejo El Molle (50-700 d.C.) que se centró preferentemente entre el río Salado por el norte y el valle del Choapa por el sur. Se caracteriza por el uso de algunos elementos de procedencia selvática como el tembetá o labret como adorno labial, cachimbas o pipas en forma de T invertida confeccionadas en piedra, metalurgia del cobre, excepcionalmente de oro y plata, objetos de concha, de hueso, cestería, textilera de algodón, y sobre todo de una cerámica muy especial así como el arte rupestre. La cerámica, que es el rasgo más diagnóstico, presenta formas como vasos cilíndricos, formas globulares y cuencos, además de formas excepcionales como vasos de doble vertedera, con asa puente, zoomorfos y antropomorfos, de finas terminaciones y alta calidad técnica. Las técnicas decorativas utilizadas son muy sofisticadas y muestran de preferencia campos de incisión o grabados, y de menor frecuencia, pintura negativa, pintura postcocción, ahumado y doble cocción.

Sólo en los últimos años se han incorporado trabajos de sitios ocupacionales cuyos resultados nos permiten definir estas poblaciones como agricultores y ganaderos que compartían una matriz común; debido a las exigencias de los diferentes entornos que habitaron, lograron controlar las áreas de distinta manera, aunque el énfasis fue siempre la actividad pastoril.

Como agricultores tuvieron técnicas de riego que posibilitaron desarrollar mejor los incipientes cultígenos de sus antecesores, cultivando maíz, porotos, zapallo y probablemente el algodón y la quínoa. Las evidencias de

hojas de palas o azadones líticos corroboran esta interpretación. La actividad pastoril está reforzada por las evidencias de grandes cantidades de huesos de camélidos. Estas dos actividades básicas estaban complementadas por aquellas de recolección de frutos silvestres, tales como el algarrobo, carbonillo y chañar. La distribución de los sitios Molle es mayoritaria en los interfluvios que corresponden a los entornos más propicios para la ganadería. Sin embargo, existen sitios en los valles que también sirven de importantes enclaves y en donde se produjeron concentraciones de población más estables, favorecidas por el desarrollo de una agricultura más intensa. De acuerdo a la distribución de los contextos de norte a sur, se ha definido una fase "Río Huasco" en el norte. Las sepulturas allí son generalmente de montículos y la cerámica es simple y casi sin decoración. Una fase contemporánea parece haberse desarrollado hacia el sur, en el interfluvio Elqui-Limarí, con formas de entierros más complejas con túmulos y sepulturas comunes, y el desarrollo de una cerámica sofisticada que incluye las más complejas técnicas decorativas hasta ahora asociadas a Molle. Más al sur, este complejo entró en contacto con las poblaciones prehistóricas que habitaron Chile Central. La población Molle desaparece bruscamente hacia 700 d.C. siendo reemplazada por los primeros vestigios del desarrollo Diaguita posterior.

La fase Las Ánimas que le sigue inaugura el desarrollo Diaguita en la zona. Constituye parte del desarrollo cultural del período Agroalfarero Medio (800 a 1200 d.C.) en el norte semiárido, especialmente desde el valle de

Copiapó al valle de Limarí. Aunque el sitio tipo se encuentra en el valle de Elqui, cerca de la ciudad de La Serena, sus rasgos definen muy bien un área mucho más amplia. Se caracteriza por sociedades de ganaderos que se mueven desde ambientes de valles a la costa. Cultivaban el maíz, explotaban los bosques de Algarrobos y Chañares, consumían carne de camélidos y obtenían productos del mar tales como pescados y mariscos. La cerámica de esta fase se caracteriza por una decoración de motivos zoomorfos o lineales rojos sobre blanco, o simplemente engobada de rojo, en escudillas de forma tronco-cónicas. Un tipo algo diferente de cerámica está constituido por formas subglobulares, en general sin engobe, y con aplicación de pintura roja, blanca y negra, obtenida de especularita, directamente sobre la pasta, conformando motivos lineales. Además, hay una intensificación en el uso del cobre como materia prima de diversas herramientas en tanto la plata fue muy poco utilizada. También son importantes las espátulas de hueso finamente pulidas y los tubos de madera, artefactos muy similares a aquellos que definen los equipos de alucinógenos de las culturas del norte de Chile. De las evidencias arqueológicas de cementerios destacan el desarrollo de un complicado ritual mortuario con sacrificio de llamas. En el sitio de Plaza de Coquimbo, las llamas abrazaban con sus patas delanteras al difunto con una intencionalidad de profundo sentido mágico-religioso.

El desarrollo cultural Diaguita caracteriza el desarrollo del Período Agroalfarero Tardío en la región. Fue definida en la década del 50 por Fran-

cisco Cornely (1956) sobre la base de los primeros postulados sugeridos por Ricardo Latcham y complementado por las evidencias obtenidas de numerosas excavaciones en los territorios de Atacama y Coquimbo. El resultado de estas investigaciones le permitió proponer una secuencia basada en tipologías de entierros y de tipos cerámicos. Así, Cornely definió una secuencia que incluye tres fases: arcaica, transición y clásica. Recientes estudios han redefinido dicha periodificación con la inclusión de investigaciones en sitios habitacionales. Esta nueva periodificación incluye una fase Diaguita I o inicial, que arranca de la fase Ánimas que le antecede, fase Diaguita II que corresponde al desarrollo clásico y fase Diaguita III que corresponde al período de influencia incaica, fenómeno que generó un complejo proceso de aculturación.

Es interesante destacar que este proceso de aculturación no ocurrió en el desarrollo cultural de más al norte, en donde la relación de poder inca frente a las culturas locales fue integral.

Aunque la nación Diaguita opuso fuerte resistencia a la conquista Inca, su organización político-administrativa sufrió modificaciones. Así, los Diaguitas habían constituido un sistema tradicional basado en jefaturas duales que controlaban cada valle. Estas organizaciones de jefes dobles conformaban una unidad a lo largo de la costa, y otra en los cursos medios y superiores de los valles y ríos principales. Es probable que estos jefes reunían a otras unidades menores bajo su esfera de acción. La irrupción inca determinó la imposición violenta de su aparato administrativo. Uno de estos aspectos fue

la designación de *kurakas* o jefes locales, representantes de la administración central incaica en las regiones. Otro rasgo de esta imposición fue el traslado de poblaciones Diaguita a zonas de Chile central y de Argentina con el objeto aparente de dar cumplimiento a la mita.

Los Diaguitas eran esencialmente agricultores y ganaderos. Como agricultores cultivaron productos como el maíz, los porotos, las papas, la quínoa, zapallos y algodón, este último sobre todo en los valles de Copiapó y Huasco. Ocuparon de preferencia las tierras fértiles de los valles aluviales, sus cabeceras y sectores adyacentes en la costa. Como ganaderos, especialmente de camélidos, se movilizaron entre los valles bajos y las cuencas cordilleranas, y también ocupando los interfluvios. En la época tardía, los asentamientos Diaguitas fueron de dos tipos: aldeas que habitaban en tiempos de paz y que se ubicaban a lo largo de las terrazas aluviales cultivables, y establecimientos fortificados ubicados en sitios estratégicos de difícil acceso, aptos para la defensa de sus territorios. Las armas diaguitas más comunes incluyen las lanzas largas, los dardos, arcos y flechas, las hondas, las macanas, galgas o piedras rodantes, escudos y pechos de cuero.

La ausencia de una organización administrativa compleja, de una clase de servidores y de un ejército profesional, indica que la nación Diaguita no alcanzó a desarrollarse a nivel de un Estado. Su estructura política se define más bien como una federación de señoríos. Así, en diversas oportunidades durante la conquista española, los distintos señoríos Diaguitas logra-

ron organizarse colectivamente para enfrentar amenazas externas. Incluso, elegir un jefe de guerra único como aconteció en 1541 con la designación de Michimalonco con el objeto de neutralizar las incursiones españolas comandadas por Pedro de Valdivia.

## CHACO

La región del Chaco comprende los territorios ubicados en el noreste de Argentina (Chaco Centro y Sur), incluyendo parte de Bolivia y Paraguay (Chaco Boreal), conformando una unidad ecológica donde se dio un proceso de adaptación similar. Las condiciones medioambientales corresponden a una vasta llanura aluvial de marcadas diferencias entre las estaciones secas y húmedas. Los principales ríos que atraviesan el área son el Pilcomayo y el Bermejo. Corren desde los Andes vaciando sus aguas en el río Paraguay que corre de norte a sur. Este río, el Paraguay, también divide el pasaje de sabanas del este diferenciándola del verdadero Chaco que se encuentra hacia el oeste.

De acuerdo a Alcides d'Orbigny (1839), quien recorrió el área entre 1827 y 1830, la región se caracteriza por llanuras que se inundan con las aguas de los ríos, pero con claras estaciones secas y húmedas que obligan a la gente a moverse periódicamente de un lugar a otro.

La etnias chaqueñas desarrollaron su cultura material en relación directa a las actividades económicas desplegadas. Hoy como en el pasado los productos de las plantas silvestres como las semillas de *algarroba* y los frutos

de la palma son de gran importancia. Los grupos que vivían cerca de los ríos desarrollaron la pesca mediante el uso de redes, lanzas, arcos y flechas. Animales salvajes, como el pecarí, ciervos y avestruces, también fueron cazados. Con la llegada de los europeos, muchas etnias chaqueñas adoptaron el caballo, introduciendo técnicas de caza más sofisticadas.

La agricultura también fue practicada por los grupos chaqueños hasta bien entrada la época histórica (Willey 1971). Los principales productos cultivados incluyeron maíz, mandioca, porotos, tabaco y algodón. Pero debido a las condiciones naturales, especialmente la concentración de suelos arcillosos y erosionados, falta de buenos drenajes y el deterioro causado por animales, tales como pecaríes y aves, dificultan la obtención de una estimación real del valor de la agricultura para estas etnias.

Sus habitaciones generalmente eran pequeñas, de forma circular u oval, con estructuras de postes y cubiertas con hojas de palma, que también se utilizaban en los techos. En algunos casos, se construyeron grandes casas comunales. Los conjuntos habitacionales generalmente estaban dispuestos en forma semicircular, abiertos por un lado que daba acceso directo a una plaza central.

Las etnias del Chaco también manufacturaron textiles a partir de fibras vegetales de plantas silvestres, especialmente el algodón. Confeccionaron redes para bolsas y hamacas. La cestería, sin embargo, no fue conocida por todos los grupos y fue introducida por grupos de procedencia amazónica. Las calabazas fueron utilizadas como

recipientes, y en algunos casos fueron grabadas. Siendo la guerra una de las principales preocupaciones de los grupos chaqueños, las armas como el arco y la flecha, la lanza y los palos de madera fueron muy comunes. La boleadora fue la principal arma entre los Tobas. La piedra tuvo que ser traída de otras regiones para propósitos muy especiales como, por ejemplo, la confección de hachas. La metalurgia fue totalmente desconocida en tiempos prehispánicos. Pero la cerámica fue ampliamente utilizada. Hecha a partir de la técnica del espiral (coiling), se caracteriza por formas que incluyen jarros de agua con cuellos estrechos, tiestos de cocina y platos. En algunos casos, también se utilizaron ceramios para urnas funerarias. Generalmente la cerámica es sin decoración, aunque existen algunos casos de cerámica decorada, ya sea pintada o por impresión de uñas o cuerdas. Esta última es la técnica más característica de decoración. Las impresiones se obtuvieron al presionar cuerdas individuales en la pasta fresca de la superficie del ceramio. La cerámica más distinguida de este tipo es la que corresponde a la etnia Mbaya, con el agregado que esta gente también pintaba las zonas entre los decorados por impresión con colores rojo y negro.

Otro rasgo interesante de la cultura material es el trabajo de plumas usado especialmente como adorno personal. En las vestimentas, la fibra más común fue la caraguatá, especialmente para climas cálidos, mientras para las estaciones frías se usaban vestimentas de piel o cuero. En algunos lugares como, por ejemplo, entre los Chané, las mujeres de edad todavía usan el ti-

poyguaraní, mientras el hombre acostumbra a usar el tembetá o labret como adorno labial.

En general, los registros arqueológicos para la región del Chaco son muy limitados. Prácticamente no se conoce nada del precerámico. Respecto del desarrollo cerámico, gran parte de la investigación proviene de sitios ubicados en el sudoeste del Chaco, cerca de las provincias argentinas de Salta, Jujuy y Santiago del Estero. En la cuenca del río Bermejo se han ubicado varios sitios cerámicos que incluyen entierros en urnas cerámicas en estilos muy semejantes a la cerámica Mbaya, especialmente por la decoración de incisiones en una sola línea. (Fock 1962). Sin embargo, esta cerámica que aparece como diagnóstica para el Chaco, se encuentra asociada a cerámica con rasgos altioplánicos como vasijas de bases planas y asas. Sitios como Lomas de Olmedo, Las Mercedes y San Francisco, muestran esta dicotomía. Este último ha dado origen al complejo San Francisco, estudiado primero por Erland Nordenskiöld (1902-1903) y luego por Bernardo Dougherty (Dougherty y Zagaglia 1982). Se encuentra ubicado en una región particularmente importante, a lo largo del río del mismo nombre, tributario del Bermejo, cerca de Orán en las provincias de Salta y Jujuy. Aunque se le define como una manifestación marginal del área andina meridional, especialmente por los rasgos que definen la cerámica llamada Candelaria del sur de Salta, su desarrollo corresponde a una sociedad que practicó un patrón de asentamiento disperso con actividades económicas que incluyen el pastoreo y la agricultura incipiente con irriga-

ción, y un temprano uso de las urnas cerámicas entre el 620 a.C. y el 300 d.C. Así, la cerámica San Francisco contiene rasgos relacionados a la florista tropical, especialmente la cerámica modelada corrugada, de gruesos bordes, la presencia de figurinas modeladas, y con impresiones ungulares y de cuerdas, también conocidas entre los grupos Mbaya-Caduveo, Guana y Ribereños Plásticos del litoral del Paraná, y asociadas a las tradiciones Tupi-Guaraní y Taguara del este de Brasil.

Por otra parte, la cerámica corrugada se encuentra casi sin interrupción desde el noroeste argentino hasta la región Tupí-Guaraní, mientras la cerámica con antiplástico de trozos de arcilla forma parte de la tecnología alfarera común en las tierras bajas tropicales, incluidas las regiones Chaco-Santiagoña y San Francisco. Otros rasgos como las asas entrelazadas de los tiestos cerámicos, los ojos de forma de grano de café en las representaciones antropomorfas y aun las decoraciones obtenidas a partir de las impresiones de las mazorcas de maíz, parecen ser elementos de oleadas de poblaciones provenientes de las tierras bajas tropicales que llegaron al área.

La cerámica bicolor rojo sobre blanco de San Francisco parece que también está presente en el llamado estilo Vaquerías de la región andina del noroeste argentino. Este estilo es característico de las primeras etapas cerámicas del área andina meridional que desarrolla posteriormente el estilo Candelaria.

También como parte de estos desarrollos podrían mencionarse aquellos del Bajo Paraná y Uruguay. Aunque esta región, que también incluye las provincias de Misiones, Corrientes y

Entre Ríos, ha sido considerada como perteneciente al Litoral por los estudiosos argentinos. Siguiendo únicamente consideraciones etnológicas, arqueológicas y medio ambientales, corresponde más bien a una zona de transición de la floresta tropical a la región de Pampas ubicada más al sur, pero con una fuerte relación hacia la primera a través de la acción que ejercen los ríos tropicales que la conectan al Chaco. De esta forma, representa una extensión de los complejos que se observan en el Chaco, caracterizados por las oleadas de grupos Guaraní que se introducen en la zona transicional trayendo rasgos como la cerámica acorrelada impresa y las pipas. Estas oleadas Guaraní continuaron entrando al área durante los siglos XVI y XVII.

Influencias sucesivas de grupos Arawak se han sobreimpuesto a los Guaraní, configurando como resultado la fase conocida como Ribereños Plásticos, fechada entre 860 y 1200 d.C. en Salto Grande, aunque su principal desarrollo se ubica en la parte baja de los ríos Paraná y Uruguay.

## PAMPAS

El área de pampas corresponde a la planicie argentina o pampas propiamente tal, desde los ríos Paraná y Paraguay, las planicies de Uruguay hasta los 43 grados de latitud sur, incluyendo parte de las provincias de Córdoba y San Luis, y las provincias de Buenos Aires, La Pampa, Río Negro y gran parte de Chubut. Al sur de esta área se ubica la Patagonia.

El paisaje puede ser diferenciado entre aquel de las tierras bajas ribereñas

y las planicies aluviales del norte, de aquel de la gran planicie cubierta de pastos de más al sur. De acuerdo a Orquera (1987:340) las pampas se caracterizan por un terreno ligeramente ondulado e interrumpido sólo por pequeñas cadenas de montañas bajas conocidas como sierras (Tandilia, Ventania, Lihue Calel), con alturas que no sobrepasan los 500 m en la mayor parte del territorio, aunque se duplican hacia el oeste.

La arqueología de esta área refleja los aspectos diferenciales de las tres subáreas que la componen. Esto es, la cuenca baja del Paraná-Uruguay, la cuenca de Buenos Aires y La Plata y las pampas propiamente tales hacia el sur. En esta área, la tradición cultural conocida como Paraná-Pampas refleja una síntesis cultural que ya estaba en proceso hacia el 4000 a.C. Esta estaba compuesta por la tradición andina de cazadores-recolectores y los pescadores y recolectores ribereños del S.E. de Brasil. Esta tradición desarrolla la cerámica solamente en épocas muy tardías, especialmente en la cuenca del Paraná al sur. Sobre esta difusión se sobreimpone una oleada de grupos de antecedentes Tupi-Guaraní que provendría del Amazonas.

(i) *La Cuenca Baja del Paraná-Uruguay.* En esta zona, la cerámica más temprana es un tipo que se parece a aquellos de la fase Periperi del este de Brasil, y fechada hacia el 880 a.C. Pero la tradición cerámica más conocida es la llamada Ribereños Plásticos cuyos motivos incluyen diseños geométricos y adornos modelados y tiestos cerámicos conocidos como “fire dogs”.

(ii) *La Cuenca de Buenos Aires y La Plata*. La cerámica del norte de Buenos Aires, incluyendo el delta del río de La Plata está también relacionada con los Ribereños Plásticos. El lado uruguayo muestra más bien características diferentes. Aquí la cerámica muestra muy poca decoración, restringiéndose a diseños geométricos incisos e impresos.

(iii) *El Sur de Buenos Aires y Pampas*. Aquí se desarrolla en parte el complejo *Nor-Patagoniense*, caracterizado por la presencia de puntas de proyectil triangulares tipo Intihuasi II, propias de la región subandina que llegan a estas zonas costeras marginales. Una fase más tardía, la *Nor-Patagoniense III* con pequeñas puntas y microlitos, piedras de moler y cerámica, también ha sido definida. En el rincón Noroeste de la provincia de La Pampa se desarrolló la cultura Pampeano-Atuel. En la costa sur de la provincia de Buenos Aires, ha sido definido el componente San Blas, sobre la base de artefactos líticos como puntas largas con y sin pedúnculo, cuchillos y raspadores que recuerdan las puntas de los períodos Magallanense III y IV de Bird asociados a placas grabadas y cerámica incisa sin pintar.

## ARAUCANÍA

La Araucanía, como área cultural, comprende el valle central de Chile al sur del río Bío-Bío hasta Chiloé, la principal isla al sur de Puerto Montt. El clima y la vegetación corresponden a un tipo mediterráneo húmedo, con aumento de la vegetación a mayor latitud, donde se dan exuberantes bosques de

robles, lengas, raulí y avellanos. En estas condiciones, la agricultura es muy difícil de desarrollar. El mayor impedimento es la deforestación para preparar el suelo para cultivar. Pero en la Araucanía hay también ambientes costeros en que las condiciones son mucho más suaves, y ambientes de cordillera, donde la gente debe enfrentar las dificultades de climas extremos y de la topografía. En efecto, este sector de los Andes es de difícil acceso, pues las montañas se levantan a una altura promedio sobre los 2.000 metros sobre el nivel del mar.

Hacia el oeste, a lo largo de la franja litoral, la Cordillera de la Costa corre a una altura más moderada y entre ambas cordilleras se desarrolla el valle central. Las actividades de subsistencia practicadas en esta área incluyen la recolección de piñones, un fruto del árbol araucaria, especialmente en verano. También algo de caza, y en tiempos recientes, el florecimiento de la ganadería. En el valle central, tanto la horticultura como la agricultura de roza han sido importantes. Y en la costa, las actividades de pesca y recolección marina son predominantes.

La prehistoria de la Araucanía es todavía poco comprendida, porque la información arqueológica proviene de secuencias cerámicas insuficientemente definidas debido a la falta de excavaciones estratigráficas. El término Araucanía deriva de araucano, utilizado por primera vez por Alonso de Ercilla en 1589, cuando recorrió la zona central de Chile en las guerras de conquista españolas junto a Pedro de Valdivia. Corresponde este término al nombre genérico que identifica diversos grupos étnicos Mapuches del área

comprendida entre los ríos Itata y Ñuble por el norte hasta el Canal de Chacao por el sur.

En esta área, las características formativas de la cerámica representan el punto más importante en el entendimiento de lo que ha sido la sociedad Mapuche desde una economía puramente de subsistencia, basada en la horticultura, a una totalmente agrícola y sedentaria. A la falta de información estratigráfica debemos agregar la falta de información relacionada con los períodos prehispánicos dando por resultado un esquema cronológico muy débil. Gran parte de la información se ha logrado mediante comparaciones con otras áreas, especialmente de los complejos cerámicos del norte y este del territorio. Así, las diferentes corrientes interpretativas de la prehistoria de la Araucanía adolecen de una visión clara del desarrollo regional.

Sin embargo, no cabe duda que las culturas regionales se desarrollaron a partir de las tradiciones formativas andinas. El formativo Mapuche o Araucano debe ser considerado como un proceso regional tardío donde la fase Pitren representaría su momento más temprano.

Debido al parecido en las técnicas ceramológicas empleadas, se piensa que Pitren está relacionado con el complejo formativo El Molle, que se desarrolló poco más temprano en el norte de Chile. Algunos arqueólogos han postulado conexiones con el noroeste argentino, especialmente con la cultura Candelaria. Debido a que ésta está relacionada con la esfera de influencia de la selva tropical, es también posible que Pitren represente una variación regional de un formativo de un desarrollo muchísimo

más amplio en el espacio, y del que hayan sido parte Vergel I, Tirua, Pucón VI, en el sector chileno, y Neuquén en Argentina. Una única fecha de C<sup>-14</sup> para el sitio de Huimpil dio 660 d.C., mientras otros fechados para Moquehue-1 en Neuquén (1050 d.C.) y para Mallín de Tromen (1040 d.C.) confirman un marco cronológico entre la era cristiana y el 1000 d.C. para este desarrollo.

La otra tradición cerámica que caracteriza el área es Valdivia, que, según algunos, contendría elementos Inca. Esta constituiría el complejo Neo-Araucano en tiempos históricos, en contraposición al desarrollo Pitren temprano que es considerado como Paleo-Araucano, de desarrollo prehispánico. La cerámica Valdivia se caracteriza por diseños rojo sobre un fondo pintado blanco. Investigaciones recientes señalan la posibilidad de un desarrollo más complejo para esta cerámica, incluyendo fases más tempranas de un desarrollo más regionalizado.

## PATAGONIA

Patagonia incluye los territorios al sur de los 43 grados de latitud, con las provincias argentinas de Chubut y Santa Cruz, y en Chile, los territorios ubicados al sur de Chiloé hasta Tierra del Fuego. Este último, compartido con Argentina. De tal forma que al menos tres formas de paisaje pueden ser advertidos:

- (i) Una planicie de pastos duros, más bien seca y ventosa, conocida como la estepa patagónica, que se desarrolla principalmente en la provincia de Santa Cruz. Este fue territorio ocupado por la etnia Tehuelche.

- (ii) La contraparte de este territorio se ubica hacia el oeste donde se encuentran los canales del sur de Chile. Se caracteriza por el desmembramiento de la costa, constituyendo fiordos, pequeños canales e islotes en medio de una densa vegetación. Junius Bird, que navegó esta región en 1934, la describe así:

“The shoreline at the western base of the mountains is well described as one of the most irregular and broken in the world. It is only 870 statute miles in a straight line from Puerto Montt to Cape Froward, yet the shore measures 4,500 miles according to existing surveys, which are incomplete and lacking in detail. It would be useless, if not impossible, to measure the shoreline of the offshore islands, but if we include western Tierra del Fuego, and the mainland, we obtain a rough estimate of 12,000 miles of shore on a direct line of 1,000 miles. In all this distance there is no place where one can walk along or near the shore without the greatest difficulty. The reason lies not only in the densely tangled forest that clings wherever it can secure foothold, but also in the rough nature of the country - mountains and hills that drop precipitously beneath the sea with little or no foreshore. Beaches are few and widely separated. Glaciers and swiftflowing rivers offer further obstacles” (Bird 1988:3).

Alakalufes y Chonos desarrollaron en este ambiente un modo de vida basado en la canoa, con el fin de explotar los recursos marinos y aprovechar los productos del bosque.

- (iii) Tierra del Fuego, que incluye condiciones extremas en ambientes combinados entre la costa y las zonas más continentales del interior. Las etnias que poblaron estos hábitats fueron los Onas y Yaganes.

Dos tipos diferentes de procesos de adaptación se dieron en estos pai-

sajes. Uno en el lado Atlántico, donde existieron las condiciones para el desarrollo de sociedades que basaron su subsistencia en la caza terrestre desde tiempos muy tempranos. En el lado del Pacífico, el principal mecanismo de adaptación fueron la pesca y la caza marina, complementado por la recolección de mariscos y la caza de aves.

Las tradiciones cazadoras del norte de Patagonia continental retroceden en el tiempo hasta entroncar con el período paleoindio definido por las secuencias de los sitios ubicados en Magallanes. Es interesante hacer notar la larga persistencia de estas tradiciones que reflejan un proceso de ajuste a las condiciones ambientales extremas del clima y la fauna. En esta vasta área, sobre una base acerámica de amplia distribución se reconoce el *Nor-Patagoniense Costero*, caracterizado por asentamientos que se ubican alrededor del comienzo de la era cristiana en los valles Diamante, Atuel y Colorado. El cambio de actividades económicas, desde aquellas puramente cazadoras hacia una de recolección en aumento, con profusión de microlitos, piedras de moler, y más tardíamente, el desarrollo cerámico, ha sido estimulado por cambios medioambientales. Aparentemente, este desarrollo coincide con el avance del neoglacial que finaliza hacia el 2000 a.C., marcando el comienzo del período boreal seco, caracterizado por una sequía en aumento.

Desde aproximadamente la mitad del tercer milenio hasta el siglo XVI d.C., el *Nor-Patagoniense* presenta una tendencia generalizada, donde los recursos más críticos han sido los moluscos, vegetales, aves y roedores, mientras los grandes mamíferos pare-

cen no haber constituido una fuente importante de recursos.

La prehistoria de Patagonia continental sur está contenida en las columnas estratigráficas de Cueva Fell, complementada por los trabajos practicados en los sitios de Palli Aike, Las Buitreras y Los Toldos.

El período IV de la cueva de Fell fechado entre 1775 y 1525 a.C. se caracteriza por puntas triangulares con pedúnculo, bolas, cuentas de collar y ornamentos, huesos incisos, una variedad de raspadores y entierros humanos extendidos depositados en túmulos. El período V correspondería al desarrollo que se identifica posteriormente con los Onas históricos.

Los sitios correspondientes al Período Patagoniense propiamente tal se encuentran en prácticamente toda Patagonia meridional, con alguna diversificación y especialización de explotación de medio ambientes muy específicos. Los sitios que se encuentran en lagos secos y cañadones del Río Negro son ejemplos de esta situación. Han sido anteceditos por un desarrollo transicional conocido como Proto-Patagoniense, fechado entre 1500 a.C. y la era cristiana.

La aparición de la punta de proyectil con pedúnculo, similar a las que definen el período IV de la cueva Fell, marca el inicio del período Patagoniense Clásico, y fechado entre el comienzo de la era cristiana y el 600 d.C. Aquí las actividades económicas más comunes son la caza del guanaco, aves, en especial avestruces, combinada con un incremento de la actividad recolectora. El arte parietal, que llega a ser notable, está caracterizado por el estilo de “grabado de pisadas” y diseños geométricos curvos.

El Patagoniense II, también llamado Tehuelchense, comprende el período entre el 600 d.C. y el siglo XVI. Aquí es importante el apareamiento de la cerámica, probablemente alrededor del 700 d.C. en el sitio de Shequen, asociada con pequeñas puntas pedunculadas similares a las del período V de la cueva Fell. El arte parietal llega a ser más abstracto con predominio del estilo de grecas. Durante el siglo XVI, con el arribo europeo, las influencias desde las pampas son más evidentes, debido a la introducción del uso del caballo.

En el lado occidental de los Andes se desarrollan dos procesos de adaptación distintos. Uno corresponde a los cazadores terrestres, en la Patagonia continental, y el otro a los cazadores marítimos, pescadores y recolectores, en los canales e islas del sur de Patagonia. Este es el proceso que culmina con el desarrollo de la cultura del cuchillo de concha que caracteriza tanto los grupos Yaghanes como Alakalufs.

Más al sur, en la región de los canales fueguinos, se ha estructurado una secuencia basada en los trabajos de los sitios Túnel y Lancha Packewaia en Ushuaia. Aquí, el segundo componente de esta secuencia revela un proceso de adaptación marítima. Los recursos alimenticios mayoritarios son mamíferos marinos, especialmente el lobo marino, complementados con guanacos, aves y peces. La gran cantidad de restos alimenticios que se encuentran en estos sitios revelan que estos grupos han adquirido ya cierto grado de adaptación. El tercer componente, alrededor del 2000 a.C., señala que el proceso de adaptación ha llegado a ser más complejo, con una industria de hueso más

elaborada. Los sitios que se encuentran en el extremo sur de Patagonia, como Englefield, Bahía Buena y Punta Santa Ana, señalan el desarrollo de un largo proceso, bastante estable, basado en la adaptación marítima. La baja densidad de población de estos grupos en relación al enorme potencial de recursos marinos ha contribuido a su estabilización. Estos factores proveen los fundamentos para la existencia de una larga tradición de cerca de 6.000 años de continuidad que entronca con los Yaghanes históricos.

### OBSERVACIONES FINALES

La prehistoria del Cono Sur se caracteriza por haber experimentado procesos similares en las diversas áreas que la componen, aunque con diferente énfasis. Estos procesos se reflejan en las formas de adaptación a condiciones ambientales adversas y en algunos casos extremas, seguidos por procesos migratorios de poblaciones, cuya procedencia debe buscarse tanto en la selva tropical del norte como en la región andina circum-Titicaca.

Aunque la tecnología desarrollada por estos pueblos es relativamente simple, ha producido el desarrollo de largas tradiciones que reflejan un especial grado de adaptación a los diferentes ambientes. Así se trate de poblaciones ubicadas en las zonas húmedas del Chaco, o en las extremas condiciones frías de la estepa patagónica, o en las regiones de transición de las Pampas o la Araucanía, las poblaciones prehistóricas que finalmente han adquirido los niveles necesarios para la subsistencia han desarrollado una

economía estable con formas específicas de organización social.

En el caso de las poblaciones del Chaco, ellas muestran un énfasis de rasgos de la floresta tropical identificados con la tradición *Tupi-Guaraní*. Aún hoy es posible observar algunos de estos grupos étnicos como parte de dicha influencia. A pesar de su aislamiento, estos grupos muestran muchos de los rasgos originales que caracterizan su sistema socioeconómico. Por ejemplo, siguen desarrollando una tecnología horticultural basada en la técnica de rozar el bosque para cultivar mandioca, tabaco, algodón o maíz. También han practicado la caza y recolección y, en algunos casos, han aprovechado los recursos fluviales. Su patrón de asentamiento está basado en grandes casas comunales conformando verdaderas aldeas. Confeccionaron canoas de troncos para navegar los ríos. Además, su cultura material contiene artefactos como hamacas, urnas cerámicas, y entre las armas, la maza, el arco y la flecha. Esta tradición Tupi-Guaraní se expandió desde los cursos superiores de los ríos Paraná y Uruguay al río de La Plata, siguiendo la dirección norte-sur. Hacia el oeste, alcanzó la región del Chaco, expandiéndose hacia Mojos en Bolivia, alcanzando la zona de contacto a los pies del macizo andino.

Esta dinámica también ha sido advertida en la prehistoria del norte de Chile donde se da una síntesis de procesos de diferente naturaleza. Hipotéticamente, repito, hipotéticamente, se habrían registrado migraciones desde la cuenca amazónica hacia la costa del Pacífico (y también al Atlántico), conteniendo un aporte complementario al desarrollo en-

dógeno del área, que se caracteriza por la antigua tradición de cazadores y recolectores. Este desarrollo conlleva dos procesos diferentes. Uno de adaptación, especialmente de poblaciones foráneas a la costa, valles y oasis del desierto, dando paso a otro proceso de regionalización y diferenciación local.

En cuanto a la Araucanía, hay consenso en reconocer que el poblamiento del área se identifica con oleadas de grupos que hablaban lengua mapudungún. Es probable que la presencia de estos grupos no tenga ninguna relación con los tempranos desarrollos paleoindios y arcaicos que se registran en la zona, especialmente en los sitios de Monte Verde, cerca de Puerto Montt, y San Vicente de Tagua-Tagua al sur de Santiago. Las raíces araucanas o mapuches habría que buscarlas en los primeros desarrollos alfareros, donde Pitrén resulta fundamental, ya que su principal actividad económica, aun tratándose de un complejo alfarero, han sido la caza y la recolección. Este complejo promovió el desarrollo alfarero posterior que caracterizó la Araucanía y que incluye el complejo El Vergel, con énfasis en la agricultura, y la llamada cerámica Valdivia, que perdura hasta épocas históricas. Este último complejo desarrolló en forma sostenida los cultivos de papas, maíz, y probablemente porotos y quínoa, recursos que contribuyeron a mantener núcleos familiares estables.

La Cultura Mapuche que le sigue incorpora una serie de elementos de etapas anteriores sometidos ahora a un procesamiento propio, pero con una identidad lingüística que unifica el amplio espacio desde la costa del Pacífico a las tierras transandinas de Neuquén.

Pampas y Araucanía parecen correlacionar el proceso que se desarrolló en el Chaco y Patagonia. Pampas, como área de transición entre Chaco y Patagonia, presenta varios rasgos e influencias de ambos y estuvo siempre bajo la influencia de migraciones que transitaban por este territorio. En efecto, las poblaciones mapuches tardías que se establecieron en Pampas reflejan una de los últimos procesos migratorios en el área.

La Araucanía, además, presenta características derivadas de los complejos formativos y tardíos provenientes del área central andina, incluyendo aquellos que caracterizaron el desarrollo incaico, complementados con elementos provenientes de la floresta tropical.

Pampas y Patagonia presentan una continuidad cultural que se traduce en una persistente estabilidad a través del tiempo. Esta continuidad está representada por cazadores-recolectores, cuyos modos de vida revelan un complejo nomadismo pedestre. Portadores de una tecnología simple, adoptaron la cerámica sólo muy tardíamente y la agricultura y el pastoralismo prácticamente no los conocieron. Así, su organización social no sobrepasó la formación de pequeñas bandas con reconocimiento de territorio. En este proceso podemos distinguir los grupos patagónicos netamente continentales, que desarrollaron una economía basada en la caza y los grupos costeros que se asentaron en los ambientes marítimos de los canales e islas occidentales y del extremo sur. Estos últimos han desarrollado una economía fundamentalmente marítima de pesca, caza y recolección, utilizando la canoa como centro de operaciones, complementa-

da por actividades de caza terrestre, aprovechando la existencia de una rica fauna de guanacos y huemules. Las recientes investigaciones señalan que los grupos costeros fueron desplazados de los ambientes continentales por los grupos cazadores más especializados obligándolos a adaptarse a las condiciones marítimas a partir del 5000 a.C. Sin embargo, su tecnología marítima aparece muy avanzada desde el comienzo del proceso. De allí que, alternativamente, se postula que la zona fue poblada por una corriente migratoria de antiguos canoeros que llegaron desde la costa Pacífico desde el norte.

En todas las áreas que componen el Cono Sur, cuando el equilibrio con el medio ambiente ha sido alcanzado, y debido al relativo aislamiento de los grupos, el desarrollo cultural ha permanecido casi estable por milenios e interrumpido sólo por la llegada europea, primero en el extremo sur a comienzos del siglo XVI y recientemente en el Chaco, produciendo una situación que todavía continúa su proceso de ajuste.

Es importante comprender que los procesos de poblamiento y desarrollo cultural del Cono Sur no pueden estudiarse de manera aislada. El área muestra una interrelación con las regiones vecinas que se manifiesta por un proceso lento e interactivo de influencias de diferentes culturas de norte a sur y de este a oeste y viceversa. Esto es particularmente cierto para los primeros períodos formativos del centro-sur andino y constituye la base sobre la que Tiwanaku ejercerá su influencia posterior.

El primer milenio después de Cristo, el norte de Chile y el noroeste de Argentina se caracterizan por la

existencia de grupos que coexisten y se interconectan económicamente. En este cuadro de las relaciones interregionales cada valle, cada oasis o habitat del desierto, la costa o el altiplano parecen tener cierta autonomía política, con excepción del momento en que domina Tiwanaku. La zona centro-sur andina constituye, pues, un mosaico de reinos en donde la ideología, al igual que en la etapa formativa, ha cumplido un rol importante. Esta se manifiesta con componentes tanto andinos como de la selva tropical, lo que refuerza la hipótesis que grupos organizados a nivel de jefaturas continuaron interrelacionándose desde las tierras altas y bajas orientales a las costas del norte de Chile, sur de Bolivia y noroeste de Argentina, hasta, probablemente, antes de la llegada europea, logrando una regionalización diferente al proceso de urbanización que conlleva la organización de sociedades estatales en los Andes centrales. De esta forma, la zona centro-sur andina es más diversa en su experiencia de lograr un mayor grado de complejidad social, favorecida por su apertura hacia las influencias de las tierras bajas orientales y de una autonomía que refleja microrregionalización y discontinuidad.

La investigación arqueológica comienza a revelar interesantes problemas en relación al proceso de complejidad social en esta parte del cono sur. Sabemos que largo tiempo antes del predominio Tiwanaku ya se ha desarrollado una amplia red de intercambio que puede ser la clave en el entendimiento de lo que es el proceso de complementación en un territorio que incluye una gran diversidad. La base de esta interrelación instituida parece ser el desa-

rollo de un marco ideológico común y, por lo tanto, compartido entre los diversos grupos que participan de esta red. Es probable que también haya habido una comunidad lingüística, coincidiendo con una expansión temprana Pukina, que podría tener su contraparte en territorio chileno en las etnias atacameñas. Sobre este sustrato Pukina se habría superpuesto la expansión Aymara posterior generando un proceso de aimarización con la hegemonía centralizada de Tiwanaku.

Después de Tiwanaku se produce una balcanización territorial donde los señoríos locales desarrollan su autonomía y no muestran signos de predominio. Es sólo posteriormente, con la expansión Inca que el quechua entra en el área, en forma limitada y condicionada.

En el análisis de los rasgos del proceso interno y debido a la fragmentación espacial que caracteriza la amplia región centro-sur andina, los pequeños grupos o señoríos desarrollan un aparato ideológico fuerte y centralizado que contribuye a unificarlos y suplir la eventual desmembración geográfica. Este patrón de complementariedad llevado a cabo en regiones amplias con énfasis en relaciones de movilidad y con una heterogeneidad de grupos de limitados recursos económicos, pero con un gran desarrollo ideológico, constituye una alternativa a aquellos modelos de estudio del proceso de complementariedad de los Andes centrales, ya que no se trataría sólo de una complementariedad ecológica.

En este esquema, la esfera de influencia Tiwanaku resalta con características propias en relación a las so-

ciudades agro-pastoriles del centro-sur. Esta se fundamenta en la presencia de una iconografía compartida y una red de intercambio de productos económicos que reflejan una base ideológica y política común centralizada en el Titi-caca. El área atacameña habría entrado en una regulación hegemónica de señoríos étnicos, mientras la región aimarizada del norte habría estado afectada por una vinculación directa a través del establecimiento de enclaves o colonias.

En el noroeste de Argentina, Aguada representa un proceso similar a los desarrollos más regionalizados de Tiwanaku en el norte de Chile, es decir, un centro reprocesador del fenómeno Tiwanaku cuya situación geográfica le permitió recibir influencias tanto del norte alto andino como de la selva tropical oriental. Desarrollan un sistema sociopolítico y económico que hace posible el aumento de la población, con desarrollo metalúrgico y un estilo artístico basado en la iconografía del felino. Este proceso da énfasis a los mecanismos interactivos, relacionando los grupos locales en torno a una red regional de relaciones con predominio de Aguada, aunque nada sabemos de cómo opera ni tampoco de las transformaciones locales y su relación con las culturas vecinas.

Un aspecto importante en la investigación arqueológica del período de desarrollo regional, tanto en el noroeste de Argentina como norte de Chile, es el intento por definir e identificar el desarrollo de las jefaturas locales anteriores al dominio Inca. Este período se caracterizó por un incremento de la población, la presencia de obras de regadío anexas a los

grandes establecimientos ocupacionales, importantes agregados arquitectónicos y ubicación estratégica de redes de establecimientos con carácter defensivo, rasgos todos que configuran un cambio en el patrón de asentamiento. Han sido estudiados tanto en el noroeste de Argentina (Hualfín, Calchaquí, Santa María) como en los oasis del desierto de Atacama y valles de Azapa, Tarapacá y Camarones en el norte de Chile.

Estos establecimientos constituyen estructuras jerarquizadas que dominaron redes de intercambio, conformando un tipo de jefatura común, con evidencias de sociedades estratificadas, manufacturas a nivel industrial, y distribución a larga distancia, especialmente de productos exóticos de prestigio, que incluyen el cobre y bronce.

Araucanía presenta contactos al momento del inicio del proceso de complejidad social. También en el área Chaco-Santiagoña y Uruguay, los establecimientos tardíos se encuentran asociados a aldeas agrícolas. Este hecho podría constituir un argumento más para la hipótesis de migraciones de grupos de habla Guaraní desde las tierras tropicales orientales a Pampas y la Araucanía. Sin embargo, desconocemos el rol de la agricultura en este proceso de complejidad social creciente, de forma tal que es muy difícil interpretar mecanismos de cambio.

Además de los fenómenos de complementariedad que han sido importantes en la estimación del cambio social, especialmente en las culturas relacionadas con el desarrollo andino, también se han desarrollado otros tipos de relaciones que han sido incor-

porados al esquema del proceso. Entre estos tenemos los matrimonios intra-grupales, diferentes formas de intercambios, y aun de mercados preestablecidos, donde la élite jerárquica de grupos interrelacionados debe haber jugado un papel importante.

El rol de la sociedad agropastoril en las zonas altas de los Andes, con sus mecanismos de intercambio a base de caravanas, merece ser destacado como un campo específico de estudio. Las estrategias desarrolladas por estas sociedades, así como sus principales logros revelan procesos de ajuste así como organizaciones que han constituido una alternativa al proceso andino post-Tiwanaku y de desarrollo regional.

En este esquema de relaciones interregionales, las cambiantes condiciones ambientales, y especialmente los períodos de sequía alternados con los de pluviosidad, deben haber jugado un papel preponderante. Muy poco se sabe al respecto de los cambios climáticos y sus consecuencias, pero estudios preliminares señalan períodos de menor humedad en la cuenca amazónica en el pasado así como largos períodos de sequía en el altiplano, y otros de mayor humedad en las condiciones áridas del desierto de Atacama. Esta situación debe haber facilitado de alguna forma el movimiento y acceso de poblaciones a diferentes ambientes.

Nuestra visión de la prehistoria de las zonas relacionadas al proceso andino podría servirnos de guía para auscultar los procesos de las sociedades ubicadas más al sur. En este esquema, quedan interrogantes para la investigación del futuro. Por ejemplo, ¿cómo han

podido mantenerse marginadas las poblaciones patagónicas? ¿Qué rasgos comunes entre sociedades más simples no totalmente sedentarizadas y aquellas afectadas por el desarrollo andino pueden establecerse con el fin de comprender el proceso de complejidad social de más al norte? ¿Qué rol han jugado las sociedades menos establecidas de cazadores y recolectores patagónicos? El origen y desarrollo de la civilización andina debe correlacionarse con los procesos de interrelación de las tierras bajas tropicales.

El cono sur, considerado como área con desarrollos propios, ofrece la oportunidad de investigar cómo se han llevado adelante los procesos de cambio social y ajuste ambiental a través del tiempo, sin mayor imposición o adosamiento de un sistema foráneo, como sucedió en los Andes Centrales, con la influencia ejercida por Chavín, Moche, Wari e Inca. El enorme espacio y cantidad de grupos que lo habitaron provee oportunidad para el desarrollo de tal estudio a un nivel estrictamente local donde sería interesante conocer la naturaleza del cambio operado dentro de grandes sistemas a través de un largo período de desarrollo.

## BIBLIOGRAFIA

**Bird, Junius B.** (1988). *Travels and Archaeology in South Chile*, University of Iowa Press, Iowa City.

**Cornely, Francisco** (1956). *Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle* Editorial del Pacífico, Santiago.

**D'Orbigny, Alcides** (1839). *L'Homme Américain (De l'Amérique Meridionale) Considéré Sous Rapports Physiologiques et Moraux*. París.

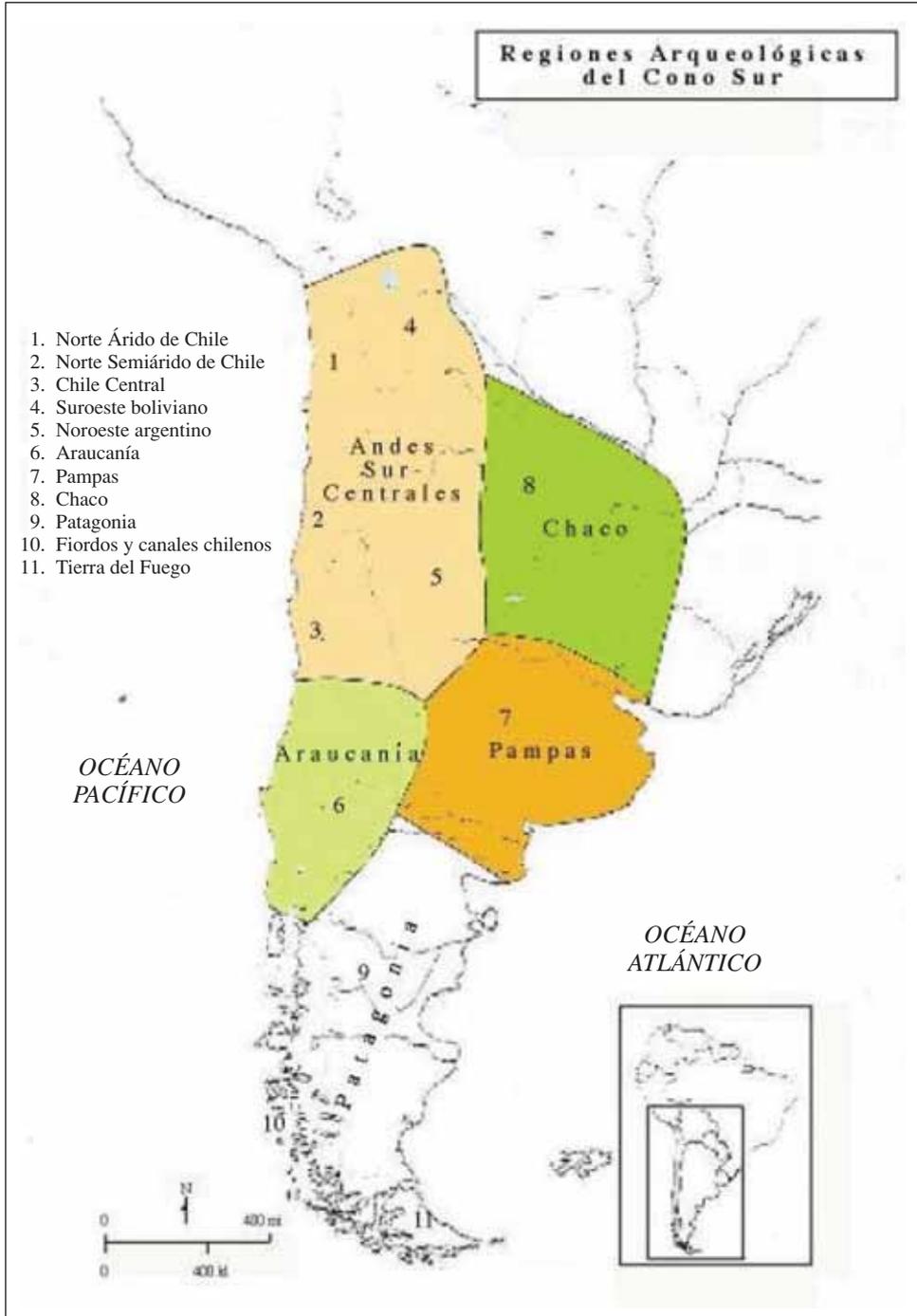
**Dougherty, Bernardo y Elsa L. Zagaglia** (1982). Problemas generales de la Arqueología del Chaco Occidental. *Revista Museo La Plata*. Tomo VIII, Sección Antropología 54: 107-110.

**Fock, Neils** (1962). Chaco Pottery and Chaco History, Past and Present, *34 Congreso Americanistas*, pp. 477-484, Viena.

**Nordenskiöld, Erland von** (1902-1903). Praecolumbische Wohn-und Begräbnisplätze an der Südwestgrenze von Chaco, *Kongliga Svenska Vetenskapsacademiens Handlingar*, 36 (7): 1-21, Estocolmo.

**Orquera, Luis Abel** (1987). Advances in the Archaeology of the Pampas and Patagonia, *Journal of World Prehistory* 1: 333-413.

**Wiley, Gordon** (1971). *An Introduction to American Archaeology*. Vol. 2 South America, Prentice Hall, New Jersey.



Regiones arqueológicas del Cono Sur.



Color pipas palpala.

